

LA IGLESIA, PUEBLO CONSAGRADO

Y ENVIADO AL MUNDO

La Iglesia, cuyo misterio está exponiendo el sagrado Concilio, creemos que es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios, quien con el Padre y el Espíritu Santo es proclamado «el único Santo» (Misal Romano, *Gloria in excelsis*. Cf. *Lc* 1, 35; *Mc*, 1, 24; *Lc* 4, 34; *Jn* 6, 69 (*ho hagios tou Theou*); *Hch* 3, 14; 4, 27 y 30; *Hb* 7, 26; *1Jn*, 2, 20; *Ap* 3, 7), amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla (cf. *Ef* 5,25-26), la unió a Sí como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por ello, en la Iglesia, todos, lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella, están llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: «Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (*1Ts* 4, 3; cf. *Ef* 1, 4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, se acercan a la perfección de la caridad en su propio género de vida; de manera singular aparece en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos. Esta práctica de los consejos, que, por impulso del Espíritu Santo, muchos cristianos han abrazado tanto en privado como en una condición o estado aceptado por la Iglesia, proporciona al mundo y debe proporcionarle un espléndido testimonio y ejemplo de esa santidad. (LG 39)

En la meditación anterior contemplamos a Jesucristo, consagrado y enviado por el Padre al mundo (cf. *Jn* 10, 36). Hoy centramos nuestra reflexión y contemplación en la Iglesia de Dios, *pueblo consagrado y enviado en Cristo y por él al mundo*.

San Pablo, escribiendo a la problemática y agitada comunidad de los corintios, esto es, a la Iglesia presente en Corinto, le recordaba su identidad con estas palabras: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro» (1Cor 12, 27). Ante las divisiones y tomas de postura partidistas, el apóstol argüía en la misma carta: «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros» (3, 16-17) Y en otra parte de su correspondencia con dicha comunidad concluye: «¿Qué acuerdo puede haber entre el templo de Dios y los ídolos? Pues nosotros somos el templo de Dios vivo; así lo dijo él: Habitaré entre ellos y caminaré con ellos; seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Y seré para vosotros un padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice el Señor omnipotente» (2Cor 6, 16ss) La Iglesia en el mundo «es el templo del Dios vivo»; y es enviada al mundo para que anuncie a todos el Evangelio de Dios, la llegada del reino de Dios, invitando a la conversión y a la fe.

Y esto, que es verdad de la Iglesia, lo es también de cada uno de sus miembros. Así lo vemos en estas afirmaciones del apóstol: «¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis, pues habéis sido comprados a buen precio. Por tanto, ¡glorificad a Dios con vuestro cuerpo!» (1Cor 6, 19-20) En versículos anteriores daba la razón de esta maravilla: «Fuisteis lavados, santificados, justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios... ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?» (6, 11.15) Los cristianos, en efecto, estamos llamados a ser «piedras vivas» del templo del templo del Espíritu, cuya piedra angular es Cristo (cf. 1P 2, 1-8), formamos parte del templo consagrado al Señor, somos morada de Dios en el mundo (cf. *Ef* 2, 11-22).

La Iglesia, en cuanto es el cuerpo de Cristo, la esposa de Cristo, el templo de Dios, el templo del Espíritu, es un misterio, un verdadero sacramento, un lugar privilegiado del encuentro de Dios y los hombres, signo e instrumento de la presencia de Dios en el mundo. Dicho con otras palabras. Incorporado a Cristo por la fe y el bautismo, el pueblo de Dios está llamado a ser «sacramento universal de salvación». El concilio vaticano II lo recordó de manera espléndida. En la constitución, *Sobre la Iglesia en el mundo*, afirma:

Todo el bien que el pueblo de Dios puede dar a la familia humana al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es «sacramento universal de salvación», que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre. (GS 45)

Esta condición sacramental de la Iglesia en el mundo y al servicio de la dignidad del hombre, se encuentra de forma reiterada en los textos conciliares.

Cristo realizó (la obra de la salvación) principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión. Por este misterio, "con su Muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació "el sacramento admirable de la Iglesia entera". (SC 5)

En la constitución sobre la Iglesia, los padres conciliares precisaron el sentido de la afirmación hecha por la constitución sobre la Sagrada liturgia: «el sacramento admirable de la Iglesia entera». No sacramento en sí misma, sino en cuanto está en Cristo.

La Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (LG 1)

Dios formó una congregación de quienes, creyendo ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia a fin de que fuera para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salutífera (LG 9)

Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cf. Jn 12, 32); habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por él hizo a su cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre (LG 48)

La Iglesia es sacramento «en Cristo», consagrado y enviado por el Padre al mundo. Por ello es santa y enviada al mundo en el Espíritu Santo, en el mismo Espíritu con que Jesús fue ungido, para llevar la buena nueva del reinado de Dios a los pobres (cf. Lc 4, 16ss).

Por estar integrada de un elemento divino y otro humano, se compara a la Iglesia «por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues, así como la naturaleza asumida sirve la Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a él, de modo semejante, la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo (cf. Ef 4, 16)». (LG 8)

Y el Concilio indica a continuación cómo la Iglesia está destinada a recorrer el camino de Jesús, en pobreza y persecución, para comunicar los frutos de la salvación a los hombres y mujeres de todo tiempo, lugar y cultura. Siendo santa y necesitada de purificación, «avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación» Y concluye el capítulo sobre el misterio de la Iglesia santa con estas significativas palabras:

La Iglesia «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios», anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. 1Cor 11, 26). Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo finalmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo su esplendor al final de los tiempos. (LG 8)

No lo perdamos nunca de vista. La Iglesia es misterio, sacramento. Dios, en efecto, elige una comunidad pobre, insignificante, marcada por la debilidad, incluso por el pecado, para que sea signo e instrumento de salvación en el mundo y para el mundo. Por ello conviene distinguir entre sacramentalidad y ejemplarismo. Pablo se presentaba como el primero de los pecadores rescatado por la gracia, por Cristo (cf. 1Tim 1, 12ss). Él era testigo de la gracia, no de una simple perfección ética. Su existencia apostólica era signo e instrumento de la salvación de Aquél que lo amó y se entregó por él. Solo el Espíritu puede hacernos renacer de nuevo, hacernos otros cristos. Solo el Espíritu forma la comunidad como signo e instrumento de la salvación. En las plegarias eucarísticas, pedimos que el Espíritu, como transforma el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, transforme a los que nos hemos reunido en verdadera comunidad de fe, amor y esperanza.

«Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congregate en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo» (Plegaria II). «Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que, fortalecidos con el cuerpo y la sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu» (III). «Concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria» (IV)

La Iglesia, resumiendo, es sacramento universal de salvación en Cristo y por la acción del Espíritu Santo: así lo determinó el Padre en la eternidad. No son sus méritos los que hacen de la Iglesia «sacramento universal de salvación», sino la gracia, el poder de Dios que se manifiesta perfecto en la debilidad. Ella avanza continuamente por la senda estrecha de la conversión. Meditemos, en un primer momento, cómo el Dios de la alianza eligió y consagró a un pueblo, débil e imperfecto, para que fuera signo e instrumento de su presencia, bendición y salvación entre los pueblos de la tierra, para la humanidad entera.

I.- ISRAEL, UN PUEBLO CONSAGRADO ENTRE LOS PUEBLOS

Porque tú eres un pueblo santo (consagrado) para el Señor, tu Dios, ; el Señor, tu Dios, te eligió (escogió) para que seas, entre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de su propiedad (Dt 7, 6)

Israel es un pueblo consagrado por la acción del Dios de la alianza. Él lo eligió y lo hizo su propiedad personal entre los pueblos de la tierra. Ser santo o consagrado, significa, ante todo, ser propiedad de Dios. Él lo liberó y lo reunió (cf. Is 11, 10-16), para ser signo de su presencia y acción soberana en la historia, en continuidad con la elección de Abrahán.

La razón de la elección e identidad de Israel en la historia no tiene otro origen que el amor de Dios y su pedagogía divina para llevar a cabo su plan salvador en favor de la humanidad. En la oración necesitamos ahondar este aspecto tan presente como olvidado en la vocación y misión del pueblo de Israel. En medio de los pueblos fue escogido para ser

signo de la presencia y acción de Dios; pero Israel no siempre supo interpretar de manera correcta su elección y misión. ¿Nos pasará a nosotros lo mismo? Elegidos por amor.

Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, pues sois el pueblo más pequeño, sino que, por puro amor a vosotros y por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó el Señor de Egipto con mano fuerte y os rescató de la casa de esclavitud, del poder del faraón, rey de Egipto. Reconoce, pues, que el Señor, tu Dios, es Dios; él es el Dios fiel que mantiene su alianza y su favor con los que lo aman y observan sus preceptos, por mil generaciones. (Dt 7, 7-9)

«El Santo de Israel», como gusta decir el profeta Isaías, se enamoró (se apegó) de un pueblo insignificante, incluso de dura cerviz, para llevar adelante su designio de salvación, tal como lo había prometido a Abrahán, llamado a ser una bendición para la humanidad.

El Señor dijo a Abrán: «Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra». (Gen 12, 1-3)

Frente a los «dioses» y príncipes de este mundo, Dios, liberando a Israel y haciéndolo su propiedad entre los pueblos, reveló en la historia su amor y fidelidad inquebrantable al ser humano. En la existencia del pueblo elegido, Dios se revela a las naciones como el verdadero y único Señor de la historia. Dios, en efecto hizo de Israel un signo de su presencia y acción en el mundo. Este es un primer aspecto de la misión de Israel: ser signo, en la debilidad y pequeñez, incluso en el ámbito moral, como lo atestigua el hecho de que Dios no cesase de enviar a sus siervos los profetas para convocarlo a la conversión.

Más todavía, para que Israel permanezca como signo entre las naciones, como los profetas clamaron sin cesar, el pueblo no debía imitar a los otros pueblos en la búsqueda de poder y grandeza. Lo propio del signo es reenviar más allá de él mismo. Y esto lleva consigo que el pueblo permanezca pobre y débil, en la dependencia de quien hizo de él su propiedad personal. Las mismas infidelidades de Israel contribuyeron a revelar la fidelidad inquebrantable de Dios. ¡Qué importante tener clara conciencia de lo que significa de verdad ser signo! Recordemos estas palabras de Pablo a la comunidad de Corinto, que buscaba ser grande y fuerte: «El Dios que dijo: Brille la luz del seno de las tinieblas ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo. Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros». (2Cor 4, 6-7) Y en la segunda carta a Timoteo, el apóstol afirma: «Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2Tim 2, 13) Dios elige lo que no cuenta a los ojos del mundo (cf. 1Cor 1, 26; Lc 10, 21-24)

Israel, como Abrahán, su padre, con la consagración recibió la misión de ser bendición para los pueblos de la tierra. Dios, en efecto, eligió a Abrahán para ser el padre de un pueblo numeroso, y bendición para la humanidad (cf. Gen 12, 1ss). Pero Israel no siempre tuvo conciencia de ser un instrumento de la bendición de Dios para el mundo. (cf. Is 19, 24-25; Zac 8, 13; Sal 72, 17-19) Dios bendijo a la humanidad en Adán y renovó su bendición en Abrahán. Israel estaba destinado a ser bendición para el mundo, comunicándole la sabiduría, justicia y verdad provenientes de Dios.

La consagración, por tanto, debe ser fuente de bendición en y para el mundo. Y no es bien vivida cuando se hace de ella un instrumento de superioridad o aislamiento altivo.

¿Cómo llevó a cabo Dios la consagración del pueblo de Israel? Contemplemos un relato del Antiguo Testamento, evocado, con frecuencia, en el Nuevo. Lo encontramos en el libro del Éxodo. El Dios de la alianza se compromete a hacer de Israel un pueblo santo e Israel se compromete a caminar como tal, respetando las cláusulas de la alianza.

Moisés subió hacia Dios. El Señor lo llamó desde la montaña diciendo: «Así dirás a la casa de Jacob y esto anunciarás a los hijos de Israel: “Vosotros habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel». Fue, pues, Moisés, convocó a los ancianos del pueblo y les expuso todo lo que el Señor le había mandado. Todo el pueblo, a una, respondió: «Haremos todo cuanto ha dicho el Señor». Moisés comunicó la respuesta del pueblo al Señor. El Señor le dijo: «Voy a acercarme a ti en una nube espesa, para que el pueblo pueda escuchar cuando yo hable contigo, y te crean siempre». Y Moisés comunicó al Señor lo que el pueblo había dicho. (Ex 19, 3-9)

Notemos algunos puntos de este relato, pues fija la identidad del pueblo escogido y santo, consagrado. La iniciativa es en exclusiva de Dios. El intermediario, Moisés, sube hacia Dios, que liberó a Israel de la esclavitud, en fidelidad a la alianza de la promesa establecida con Abrahán (cf. Gen 17, 1ss). Israel fue liberado por Dios para la libertad y la alianza. De él hizo «un reino de sacerdotes y una nación santa», «su propiedad personal» en medio de la tierra, perteneciente toda ella al Señor. Así, Israel era destinado a ser un signo levantado en medio del mundo: «Para que todas las naciones del mundo reconozcan cuán poderosa es la mano del Señor y teman siempre al Señor vuestro Dios» (Jos 4, 24). Ahora bien, la condición de ser signo conlleva una tensión permanente. Estar en medio de las naciones, pero sin asemejarse a ellas ni dejarse asimilar por ellas. Para ser signo, Israel debe reenviar con su ser y vida a la fuente de su existencia: el amor de Dios, su palabra creadora y salvadora. Lo propio del sacramento es reenviar a la fuente y esto exige ser pobre, renunciar a la autoafirmación, recibirse de Dios con gozo agradecido.

Dios, en efecto, hizo de Israel «su signo», pero no de la forma como podía serlo la creación. La alianza requiere la respuesta libre y responsable del pueblo liberado para la libertad. La elección de Dios debe ser recibida activamente por parte del pueblo. Israel se compromete a ser y vivir como un pueblo sacerdotal, como nación santa. Y su condición sacerdotal entre los pueblos de la tierra, reclama de él: ofrecer sacrificios de alabanza, comunión y propiciación, mostrar el camino de la vida que se encuentra en la palabra liberadora y salvadora de Dios, interceder por la sanación y purificación de la humanidad, promover la justicia y santidad en el mundo. Dicho con otras palabras, el pueblo se compromete libre y conscientemente a llevar a cabo las cláusulas de la alianza, para servir el devenir de la humanidad.

La renovación de la alianza, que constituye el núcleo de la liturgia de Israel (cf. Jos 24, 1-28), lleva consigo desterrar los «dioses», los ídolos, tanto los familiares, como los de las naciones. Israel debe pertenecer en exclusiva a Dios, en esto consiste la consagración. Israel, en cuanto pueblo de la alianza o pueblo consagrado, debe entregarse a la palabra del Señor. He aquí la respuesta a dar en la liturgia de la renovación de la alianza: «¡Al Señor nuestro Dios serviremos y obedeceremos su voz!»

Obedecer «la voz» del Señor no se reduce a cumplir unas «leyes», sino a caminar en todo momento de acuerdo con la palabra que Dios comunica en la historia a través de sus

siervos. Y esto postula una escucha permanente por parte del pueblo de Aquel que lo guía y educa, es decir, de Dios, su verdadero Rey y Pastor. Israel, por tanto, está llamado a ser el pueblo de la escucha y la alabanza. Toda su espiritualidad se encierra en esta palabra: «Escucha, Israel».

Moisés convocó a todo Israel y les dijo: «Escucha, Israel, los mandatos y decretos que yo os proclamo hoy. Aprendedlos y observadlos para cumplirlos. El Señor nuestro Dios concertó con nosotros una alianza en el Horeb. No concertó el Señor esta alianza con nuestros padres, sino con nosotros, con todos los que estamos vivos hoy, aquí. Cara a cara habló el Señor con vosotros en la montaña, desde el fuego. (Dt 5, 1-4)

A la escucha debe unirse el «recuerdo» permanente de cómo el Señor lo educa. Si falta la «memoria», el «memorial», para ser más preciso, por el que nos hacemos contemporáneos del acontecimiento, la alianza se halla amenazada desde dentro; y se corre entonces el peligro de la pura subjetividad. De ahí la importancia de meditar estas dos palabras de la espiritualidad bíblica: escucha y recuerda.

Recuerda todo el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para probarte y conocer lo que hay en tu corazón: si observas sus preceptos o no. Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná, que tú no conocías ni conocieron tus padres, para hacerte reconocer que no solo de pan vive el hombre, sino que vive de todo cuanto sale de la boca de Dios. Tus vestidos no se han gastado ni se te han hinchado los pies durante estos cuarenta años. Reconoce, pues, en tu corazón, que el Señor, tu Dios, te ha corregido, como un padre corrige a su hijo, para que observes los preceptos del Señor, tu Dios, sigas sus caminos y lo temas. (Dt 8, 2-6)

«La nación santa», en resumen, está llamada a escuchar y seguir el camino del Señor, a vivir de acuerdo con su palabra. «El reino de los sacerdotes» se compromete a no tener más dioses, que al Dios de la liberación y la alianza. Tras la liberación de la esclavitud de Egipto a través del mar Rojo, Israel canta: «El Señor reina por siempre jamás» (Ex 15, 18) El profeta de la consolación, después de la prueba del exilio, proclama: ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregona la justicia, que dice a Sión: ¡Tu Dios reina!» (Is 52, 7)

II.- «SANTOS POR VOCACIÓN»

Pablo, llamado a ser Apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Sóstenes nuestro hermano, a la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados por Jesucristo, llamados santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro: a vosotros, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. (1Cor 1, 1-3; cf. Rom 1, 1-7; Ef 2, 1-10)

Nosotros, en cambio, debemos dar continuas gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, porque Dios os escogió los primeros para la salvación mediante la santificación del Espíritu y la fe en la verdad. Dios os llamó por medio de nuestro Evangelio para que lleguéis a adquirir la gloria de nuestro Señor Jesucristo. (2Tes 2, 13-14)

Como pudimos contemplar en la meditación anterior, Jesús se consagró o santificó, para que la comunidad de sus discípulos fuera consagrada, santificada en la verdad. Pablo, en el saludo de su primera carta a los corintios, recordaba a los miembros de la comunidad

cómo habían sido santificados por Jesucristo. Habían sido llamados a la fe y salvados, como explica después del saludo, mediante «la necesidad de la predicación», mediante la palabra de la cruz, esto es, el misterio pascual anunciado por el apóstol, que no quiso saber entre ellos, sino a Jesucristo, y este crucificado (cf. 1Cor 1, 18-2, 5).

La Iglesia de Dios, el pueblo santificado y enviado por y en Jesucristo, tiene en el mundo una misión. En efecto, el Señor lo llamó «con una vocación santa», para dar testimonio del Evangelio en el mundo. En la segunda carta a Timoteo se exhorta a la comunidad de los creyentes a vivir en el mundo de acuerdo con el Evangelio y a tomar parte en los padecimientos y trabajos que entraña su anuncio. La proclamación de «la promesa de vida que hay en Jesucristo» comporta siempre un combate. Escuchemos al apóstol:

Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio. (2Tim 1. 9-10)

Los cristianos compartimos «una vocación celeste» (Hb 3, 1), «una vocación santa» (2Tim 1, 9), «somos ciudadanos del cielo» (Flp 3, 20). La Iglesia es peregrina y no puede instalarse en el mundo; pero está llamada a trabajar en y a favor de él, a fin que la humanidad entera realice el designio del Padre: recapitular todas las cosas en Cristo. Para ello hemos sido «*marcados con el sello del Espíritu Santo prometido*».

Él (el Padre) nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado. En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra... (Ef 1, 3-14)

Ahora bien esta «vocación celeste», en modo alguno aísla del mundo al cristiano, antes le urge a trabajar en la transformación del mundo. Juan Pablo II en la encíclica, la Iglesia de la Eucaristía, lo recordó en estos términos:

Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un «cielo nuevo» y una «tierra nueva» (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien *estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente*. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios. [...]

Anunciar la muerte del Señor «hasta que venga» (1 Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: « ¡Ven, Señor Jesús! » (Ap 22, 20). (20)

Para vivir esta «vocación santa» en el mundo y al servicio del mundo, el cristiano debe poner su mirada en Cristo, como exhorta la carta a los Hebreos. «Hermanos santos, vosotros que compartís una vocación celeste, considerad al apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos: a Jesús, fiel al que lo nombró» (Hb 3, 1-2). En efecto, la Iglesia está llamada a cultivar el don de la santidad tras las huellas del «solo santo». El apóstol nos sigue exhortando en estos términos:

Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados [...] Sed imitadores de Dios como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave olor [...] Vivid como hijos de la luz...» (Ef 4, 1-5, 14)

Por su poder divino nos ha concedido todo lo que conduce a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento del que nos ha llamado con su propia gloria y potencia, con las cuales se nos ha concedido las preciosas y sublimes promesas, para que por medio de ellas, seáis partícipes de la naturaleza divina [...] Por eso, hermanos, poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y elección; haciendo esto no caeréis nunca [...] Nosotros, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia. (2P 1, 3-3, 6)

Puesto que la voluntad de Dios es la santificación de los convocados en la Iglesia, es necesario orar unos por otros y exhortarnos mutuamente a llevar una vida digna de la vocación a la que hemos sido llamados (cf. Ef 4, 1ss).

Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación, que os apartéis de la impureza, que cada uno de vosotros trate su cuerpo con santidad y respeto, no dominado por la pasión, como hacen los gentiles que no conocen a Dios. Y que en este asunto nadie pase por encima de su hermano ni se aproveche con engaño, porque el Señor venga todo esto, como ya os dijimos y os aseguramos: Dios no nos ha llamado a una vida impura, sino santa. Por tanto, quien esto desprecia, no desprecia a un hombre, sino a Dios, que os ha dado su Espíritu Santo. (1Tes 4, 3-8)

Por esto, oramos continuamente por vosotros, para que nuestro Dios os haga dignos de la vocación y con su poder lleve a término todo propósito de hacer el bien y la tarea de la fe. De este modo, el nombre de nuestro Señor Jesús será glorificado en vosotros y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo. (2Tes 1, 11-12)

Estas apremiantes llamadas a la santidad, conviene notarlas, no se plantean desde el voluntarismo ni desde el narcisismo; se apoyan en el don del Espíritu de santidad, en la iniciativa amorosa del Padre, en la Pascua del Hijo. Tienen un fundamento trinitario. El olvido o ignorancia de esta verdad, lleva a distorsionar el sentido de la fe y la buena nueva del reinado de Dios, al equiparar la vida santa en Cristo con la simple vivencia de unos valores, con una ética, o con una cierta psicología religiosa, de modo que el ser humano sigue siendo el centro. De ahí la necesidad de insistir en el don del Espíritu y en la obra de la gracia en nosotros. Pablo, el fariseo, se sentía salvado por gracia, verdadera criatura de la gracia: «La gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús» (1Tim 1, 12-17). Los miembros de sus comunidades procedían en la mayor parte de la gentilidad.

Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. (1Cor 15, 9-10)

Nosotros, en cambio, debemos dar continuas gracias a Dios por vosotros, hermanos amados del Señor, porque Dios os escogió los primeros para la salvación mediante la santificación del Espíritu y la fe en la verdad. Dios os llamó por medio de nuestro Evangelio para que lleguéis a adquirir la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así, pues, hermanos, manteneos firmes y conservad las tradiciones que habéis aprendido de nosotros, de viva voz o por carta. Que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y nos ha regalado un consuelo eterno y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas. (2Tes 2, 13-17)

Pero Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho revivir con Cristo —estáis salvados por pura gracia—; nos ha resucitado con Cristo Jesús, nos ha sentado en el cielo con él, para revelar en los tiempos venideros la inmensa riqueza de su gracia, mediante su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. En efecto, por gracia estáis salvados, mediante la fe. Y esto no viene de vosotros: es don de Dios. Tampoco viene de las obras, para que nadie pueda presumir. Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos. (Ef 2, 4-10)

Los cristianos somos hechura de Dios, criaturas de la gracia. Hemos sido creados en Cristo Jesús para las buenas obras. *Y esto para que nadie pueda presumir.* Esta es la verdad que nos hace humildes y audaces al mismo tiempo, que nos impide juzgar a los demás y nos apremia a cultivar el don de Dios, a la práctica de las buenas obras que Dios dispuso de antemano que practicásemos. Las obras buenas son fruto de la gracia en nosotros.

Evoquemos brevemente algunas de las características del pueblo de la nueva alianza, tal como estaban ya prefiguradas en la propuesta de Dios al pueblo de la alianza.

Por la fe y el bautismo, renacimos y entramos a formar parte de un *pueblo sacerdotal, profético y real*: un pueblo de consagrados al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como *pueblo sacerdotal* y templo del Espíritu, la Iglesia está llamada a ser presencia del Señor entre los pueblos de la tierra y bendición para ellos, ofreciendo al Padre por medio de Cristo sacrificios espirituales. (cf. 1P 2, 1-10; Ap 1, 6; 5, 10; 20, 6; Rom 12, 1; Hb 13, 15). Como *pueblo profético*, la Iglesia está destinada a escuchar y proclamar en el Espíritu ante el mundo las maravillas de Dios, como lo hiciera la comunidad de Pentecostés. Y esto implica escucha y fidelidad para anunciar la palabra de Dios: «Esto dice el Señor». Ahora bien, para tener labios de discípulo es necesario tener oídos de discípulo (cf. Is 50, 4-9). El *pueblo real* debe llevar a cabo la misión propia del rey mesiánico: liberar para la libertad del amor, hacer justicia a los pobres y abatidos, recrear la paz entre los pueblos, llevar a todos, con la luz y fuerza del Espíritu, al pleno conocimiento de Dios y, por lo mismo, de la dignidad de la persona humana (cf. Is 11, 1-9).

III.- SERVIR EN SANTIDAD Y JUSTICIA EN LA PRESENCIA DE DIOS

En Cristo, como sabemos, la Iglesia es el pueblo de los santos o consagrados, un pueblo santo y consagrado. No lo es por méritos, sino por gracia. Más todavía, por gracia cultiva esta vocación santa. Conviene tener muy presente lo que Pablo escribía a la comunidad de los filipenses: «Por lo tanto, queridos hermanos, ya que siempre habéis obedecido, no solo cuando yo estaba presente, sino mucho más ahora en mi ausencia, trabajad por vuestra salvación con temor y temblor, porque es Dios quien activa en vosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor.» (Flp 2, 12-13) Y cuando narra su experiencia de cómo ha cultivado el don de Dios lo hace en estos términos:

Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. (1Cor 15,10)

Los profetas de la alianza, en nombre de Dios, fijaban, al pueblo de su propiedad, a la «nación santa» el camino a seguir para avanzar de acuerdo con su identidad en medio de las naciones. Lo hacían de forma sencilla y clara. He aquí algunas de sus afirmaciones:

Hombre, se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor quiere de ti: tan solo practicar el derecho, amar la bondad, y caminar humilde con tu Dios. (Miq 6, 8)

En ese pondré mis ojos: en el humilde y abatido que se estremece ante mis palabras (Is 66, 2) Allanad, allanad, despejad el camino, quitad el tropiezo del camino de mi pueblo. Porque esto dice el Alto y Excelso, que vive para siempre y cuyo nombre es «Santo»: habito en un lugar alto y sagrado, pero estoy con los de ánimo humilde y quebrantado, para reanimar a los humildes, para reanimar el corazón quebrantado. (Is 57, 14-15) ¡Ay de los que establecen decretos inicuos, y publican prescripciones vejatorias, para oprimir a los pobres en el juicio y privar de su derecho a los humildes de mi pueblo, haciendo de la viuda su botín y despojando a los huérfanos. (Is 10, 1-2)

Buscad al Señor los humildes de la tierra, los que practican su derecho, buscad la justicia, buscad la humildad, quizás podáis resguardaros el día de la ira del Señor (Sof 2, 3). Aquel día, ya no te avergonzarás de las acciones con que me ofendiste, pues re arrancaré tu orgullosa arrogancia, y dejarás de engreírte en mi santa montaña. Dejaré en ti un resto, un pueblo pobre y humilde, que buscará refugio en el nombre del Señor... El rey de Israel, el Señor, está en medio de ti, no temas mal alguno (Sof 3, 9-20).

Dios ama a los humildes. Cuando Moisés fue atacado por sus hermanos, el Señor salió en su defensa. «Moisés era un hombre muy humilde, más que nadie sobre la faz de la tierra... A él le hablo cara a cara... El más fiel de mis siervos...» (Num 12, 1-16). Los salmos cantan cómo Dios asume la defensa de los humildes, pobres y quebrantados.

La vivencia de la santidad se caracteriza por la humildad con relación a Dios y la práctica de la justicia en el seno del pueblo de la alianza. El pueblo santo, por tanto, está llamado a vivir una radical dependencia de Dios y una profunda solidaridad y comunión con los hermanos, en particular con los más pobres. La dimensión religiosa y la dimensión social son indisolubles en la alianza. Del amor a Dios y al prójimo, como enseñó Jesús, penden la Ley y los Profetas (cf. Mt 22, 40).

Inspirado por el Espíritu Santo, Zacarías, en el cántico del Benedictus, proclama que la salvación y misericordia de Dios se han revelado «para concedernos, que libres de temor, arrancados de las manos de los enemigos, le sirvamos con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días» (Lc 1, 73-74).

En la carta a los Efesios encontramos una expresión muy sencilla, pero que engloba toda la existencia: «*realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de juntas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor*» (Ef 4, 15-16).

La primera carta de san Juan exhorta a la comunidad de los santos en estos términos: «En esto sabemos que lo conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: 'yo le conozco', y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero

quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe caminar como el caminó» (1Jn 2, 3-6).

El concilio Vaticano II afirmó, como es sabido, «la vocación universal de la Iglesia a la santidad». El dinamismo de la santidad consiste en caminar hacia «la perfección de la caridad», que el Espíritu derrama en nuestros corazones, y en «el seguimiento de Cristo» de acuerdo con la vocación específica de cada en la Iglesia (cf. LG 39-40).

¿Qué implica, para la Iglesia santa y para cada uno de sus miembros, servir a Dios con santidad y justicia en su presencia, todos nuestros días? Con otras palabras: ¿Qué implica vivir la gracia bautismal personal y comunitariamente en el mundo y a su servicio? Antes de ofrecer unas breves orientaciones en este sentido, juzgo oportuno releer unas palabras de Juan Pablo II en el programa pastoral para nuestro milenio.

Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva «imaginación de la caridad», que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno.

Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como «en su casa». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras*. (NMI 50)

La gracia bautismal nos introduce, en primer lugar, en el seguimiento de Cristo, que nos enriquece con su pobreza. Esta constatación me parece muy importante, si la Iglesia quiere superar la tentación de convertirse en una simple ONG. Hay que meditar mucho lo que Pablo escribía para estimular la participación en la colecta en favor de la comunidad pobre de Jerusalén: «Os informamos, hermanos, de la gracia que Dios ha concedido a las iglesias de Macedonia: en las pruebas y tribulaciones ha crecido su alegría, y su pobreza extrema se ha desbordado en tesoros de generosidad... Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza.» (2Cor 8, 9) ¡Qué importante aprender a enriquecer a los demás con su pobreza y debilidad! ¡Seamos creativos e imaginativos! Una de las tentaciones del momento presente es buscar medios, para solucionar los problemas de los demás. Siempre recordaré lo que me dijo un obispo en los años setenta: «¿Cómo podría dar limosna a los pobres, si no tuviera dinero?» Jesús evangelizó y enriqueció a todos con su pobreza.

«Ser pobre» es el camino del discipulado y de la santidad (y no me centro solo en lo económico), de la verdadera fecundidad apostólica. Jesús nació pobre, trabajó como un sencillo trabajador, vivió de lo que le daban como los maestros itinerantes, murió débil y despojado en la cruz, como un esclavo y maldito. Resucitado permaneció discreto. Un día expresó así la exigencia para ser su discípulo: «Así pues, todo aquel de entre vosotros que no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo mío» (Lc 14, 33). Es curioso, el discipulado no se caracteriza tanto por el hacer, cuanto por la renuncia, asumiendo la condición de peregrino. Renunciar, para ir a Jesús y caminar con él, es la condición para ser su discípulo, para participar de su santidad. «Tú solo santo».

No es la autoafirmación en el hacer la que nos hace santos, sino la pobreza que nos encamina a Jesús para encontrar en él libertad y paz en una existencia dramática. Jesús sigue diciéndonos: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (cf. Mt 11, 28-29). He aquí el camino del Santo de Dios, del Hijo enviado en la condición de Siervo. Santo es el que avanza en la dependencia de Dios, que no se impone ni se atribuye nada como propio, que adentrándose en el corazón manso y humilde de Cristo, abre también su corazón a los hermanos de camino. Lo hace desde la gracia y, por lo mismo, enriqueciendo a los demás con la pobreza de Cristo. ¡Seamos pobres! El amor, o bien es pobre, o bien termina creando dependencia y buscando prestigio y autoafirmación.

El camino del Siervo, del verdadero pobre, desarrolla su misión desde la discreción, sin imponerse, sin atraer a las gentes con gestos espectaculares, sino desde la cruz. Pero esto no quiere decir apocamiento: desde la debilidad y discreción, llevará el derecho adelante e implantará la verdadera justicia, dando cumplimiento a la consolación del Espíritu y a la esperanza. El evangelista, después de revelarnos el corazón manso y humilde de Cristo, invita a contemplar cómo trabajó por la justicia según lo anunció Isaías.

«Mirad a mi siervo, mi elegido, mi amado, en quien me complazco. Sobre él pondré mi espíritu para que anuncie el derecho a las naciones. No porfiará, no gritará, nadie escuchará su voz por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará, hasta llevar el derecho a la victoria; en su nombre esperarán las naciones». (Mt 12, 18-21)

Jesús, el Siervo, ungido con el Espíritu, vino a anunciar la buena nueva a los pobres de la tierra. Pero no empezó dando de comer o haciendo prodigios, sino anunciando la llegada del reino de Dios e invitando a la conversión y la fe. Avanzó en todo momento bajo la fuerza del Espíritu de santidad. Y en él, resucitado de entre los muertos, envió a la comunidad apostólica, para que en pobreza y humildad ofreciera a todos la salvación de Dios.

Esto implica, por una parte, avanzar en la dependencia y humildad, en una actitud de discernimiento, docilidad y obediencia. Es la condición para vivir la identidad propia del pueblo santo, si no quiere «entristecer al Espíritu» (cf. Ef 4, 30) y alejarse así del auténtico camino de la santidad. No es lo mismo la heroicidad y la santidad. La santidad, en cuanto es *participación en la naturaleza divina* (cf. 2P 1, 4) y comunión en el amor divino, no puede confundirse con el cumplimiento de una ley o la vivencia de unos valores.

Si la santidad está en «la perfección del amor», conviene notar lo que el apóstol de las gentes escribía a una comunidad en búsqueda de prestigio en la sociedad:

Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. (1Cor 13, 1-3)

Sin el amor gratuito y pobre, tal como se ha revelado en Jesucristo, corremos el riesgo, como le sucedió a Israel y al propio Saulo antes de la conversión, de vivir en la práctica, aun cuando sea por ignorancia (cf. 1Tim 1, 13), enfrentados al designio de Dios. Así lo indicaba ya el profeta de «la santidad de Dios», Isaías. «No fue un ángel ni un mensajero, fue él mismo quien los salvó, los rescató con su amor y su clemencia, los levantó y soportó, todos los días del pasado. Pero ellos se rebelaron contra él, contristaron su santo espíritu».

(Is 63, 7-14) Si no queremos, por tanto, contristar al Espíritu Santo, se hace necesaria una actitud permanente de discernimiento para dejarse conducir por él de forma creativa, sin apagarlo; y no según nuestros criterios, razonamientos y sentimientos (1Tes 5, 12-24).

Ahora bien, todo esto supone una gran exigencia y tenacidad, como la del Siervo manso y humilde de corazón. Es necesario ensanchar el corazón, para dar cabida a los cansados y agobiados, trabajar para que triunfe el derecho y la justicia en el mundo.

El Siervo lucha contra la injusticia y la inequidad; pero no desea eliminar al injusto, sino ofrecerle el camino de la salvación. La persona de corazón manso y humilde, en Cristo y como él, lucha contra el pecado, para salvar al pecador. No lo olvidemos: el pecador es la primera víctima del pecado. Jesús vino al mundo para salvarnos del poder del pecado. El pueblo santo lo sabe por experiencia: los hombres estamos como vendidos al poder del pecado. «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor!» (Rom 7, 14-25)

Para concluir esta meditación y facilitar el momento de la oración personal, os ofrezco tres textos de la palabra de Dios. En ellos se propone el camino de la santidad filial, del amor perfecto, como hijos del Padre en el Hijo, animados por el Espíritu de santidad:

El Sermón del Monte, tal como lo relata san Mateo, se condensa en estas palabras de Jesús.

Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. (Mt 5, 43-48)

El evangelista Lucas afirma lo mismo, pero con su propio matiz:

Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros». (Lc 6, 35-38)

Y el apóstol Pablo, expresa algo diferente, pero remitiéndonos al amor que se ha revelado perfecto en el Hijo enviado al mundo en nuestra carne.

Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor. (Ef 5, 1-2)

Estos tres textos nos hablan de la perfección en la caridad a la que debe encaminarse el pueblo santo, los convocados a ser hijos en el Hijo. Por gracia hemos sido llamados con una vocación santa. Hemos sido enriquecidos con todo don mediante la pobreza de Cristo. Por tanto, ungidos con el Espíritu de santidad que el Padre nos da mediando la oración de Cristo, trabajemos con temor y temblor, pero con la misma tenacidad del Siervo manso y humilde de corazón. Santo, en una palabra, es el que va adquiriendo la forma de Cristo en lo concreto de su existencia, mediante la acción del Espíritu que el Padre nos da.